

GONZÁLEZ BLANCO, Azucena. *Literature and Politics in the Later Foucault*, Berlín, Boston: De Gruyter, 2020, 145 páginas. ISBN: 9783110668827

Siempre resulta una tarea excitante acercarse a los trabajos que abordan cuestiones y lecturas originales sobre hechos y acontecimientos que tocan de lleno al panorama filosófico actual. Una empresa como esta subraya esa concepción de lo intempestivo que orbita en todo planteamiento que ha calado en la tradición filosófica y que nos permite, con más atención incluso, poner el foco en la actualidad del pensamiento contemporáneo. Giorgio Agamben expuso en su famosa conferencia «Che cos'è il contemporaneo» que, cuando abordamos las cuestiones de nuestro tiempo con intención de estudiarlas, estamos ante el peligro de quedar cegados por la luz de la contemporaneidad. Por ello, nuestra tarea se ve más comprometida por la necesidad de guardar las distancias y poder acceder a las luces y sombras de las lecturas y análisis que se nos propone desde la actualidad filosófica. De esta forma, no es para menos que nos propongamos reseñar un estudio como el que nos presenta Azucena González Blanco, precisamente en un momento en el que asistimos tanto a la revitalización del pensamiento de Michel Foucault en diversos espectros humanísticos, políticos y artísticos, como de la aparición de nuevos textos del autor.<sup>2</sup>

2. Por ejemplo, el 10 de junio vio la luz en la editorial SEUIL el manuscrito que Foucault redactó como preparación de los cursos que dictó entre 1954 y 1955 en la École normale supérieure y

Con una reconocida trayectoria muy enfocada a las diferentes convergencias entre la filosofía, la estética y la teoría de la literatura, la profesora Azucena González Blanco se embarca de nuevo en las relaciones que el pensamiento de Foucault atiende entre la literatura y la política. No es para menos que la hipótesis desde la que parte en este texto, publicado en la prestigiosa editorial De Gruyter, sea la de afirmar que «la literatura es capaz de reunir formas colectivas de expresión como un espacio lingüístico de resistencia (speck/parole), a la vez que de sujeción como institución o norma (language/langage) y sin omitir la posibilidad de su propio material (tongue/langue)» (11). Y dispone en cuatro partes este abordaje a una lectura del pensamiento foucaultiano en el panorama actual, precedidas de una introducción y perfilado con una certera enumeración de sus conclusiones. Con este esquema, la sagacidad con la que la profesora e investigadora de la Universidad de Granada recompone a través de un discurso circular un conjunto de elementos desde los que empezar a desarrollar esta idea, para después concluir desde ahí, permite un acceso muy inteligente a ese conjunto de aspectos desde los que la literatura en el pensamiento político de Foucault retorna en la tradición filosófica y literaria. De forma que, ya desde la introducción, nos revela una propuesta para nada desdeñable desde el marco de una política literaria que el

la Université de Lille, bajo el título *La Question anthropologique*.

Todas las traducciones de las referencias que se hagan al texto a reseñar son mías.

filósofo francés estudió detenidamente y que, en un alarde nietzscheano muy propio, se precipita hacia la intempestividad de las relaciones entre historia y literatura mediante las posibilidades performativas del lenguaje.

En este sentido, el primer bloque parte de esta hipótesis y enfoca ese proceso paradójico de «reunir» o «colectivizar» y de «reclusión» mediante esa correlación entre la literatura y política a través de un proceso histórico. Ciertamente, la literatura habla e interviene en la realidad histórica —material— en la que tiene lugar y, en este sentido, permite una convergencia de los diversos enfoques que desarrollan los acontecimientos dentro de un panorama histórico en el que surge la obra literaria. Hay, por tanto, un traspaso sociológico desde el que comparar esa dimensión ontológica de la literatura con la locura a partir de la Modernidad, en tanto que un discurso contrario a formas de desviación funda en la locura un orden moralizante acerca de lo sano, y separa, excluye y recluye todo aquello que suponga improductivo —arte, fiesta, lo carnavalesco, etc.— De tal forma que todo lo que queda fuera de ese orden supone una desviación dentro de la producción de una lógica de la veridicción. Así, la literatura se entrelaza en este espacio discursivo con la locura en dos sentidos: visibilizar lo oculto y mostrar el exterior material al que se ha visto excluida. Resulta, por tanto, que en ese *afuera* de la literatura se desarrolla una función extralingüística desde la que poder observar y predecir los cambios sociales.

Con gran acierto, la autora decide comenzar aquí el desarrollo del segundo espacio de discusión desde el que Foucault problematiza acerca del posicio-

namiento del sujeto de la literatura y su contrapartida con la propuesta de Sade al proponer una «lógica emancipativa del discurso» (26). Es decir, al trabajar en sus construcciones narrativas con la emancipación de los modos impuestos de normalización, Sade desarrolla una idea deconstructiva de la razón instrumental mediante una política del deseo: «la ficción, al igual que el deseo, funcionaría como una fuerza que ya no es el poder de lo negativo, sino la revelación de estar en cada instante como sujeto de sí mismo» (32). En otras palabras, que se resiste a los procesos de dominación mediante un proceso en el que el texto literario afecta en su dimensión histórica y social, jugando con la paradoja y la ironía de su propia constitución histórica, dando lugar a lo que Judith Butler denomina, estudiando esto mismo, como resistencia afectiva. Una dimensión que ponga en entredicho las determinaciones de la lógica racionalista de la Modernidad: Foucault «propone pensar en el rostro oculto del sujeto moderno como un sujeto de deseo, para lo cual trazó una genealogía de sujetos irregulares, es decir, de aquellos sujetos que habían permanecido fuera de la universalidad moderna» (43).

A partir de este reconocimiento del espacio político de la literatura, se vertebra la tercera parte, donde la autora propone desarrollar esa idea de Foucault acerca de la literatura como el lugar en el que tienen lugar ciertas transformaciones epistémicas de la historia del pensamiento a partir de una serie de particiones en eventos discursivos que van desde la tragedia clásica hasta la novela moderna. Precisamente en este bloque encontramos el concepto de la parresia

como el pilar de toda la argumentación acerca de esta relación: «la parresia es un vehículo para articular sus preocupaciones sobre el sujeto dominado en la Modernidad y, a su vez, un modo de analizar los modos de interpelación, de producción de subjetividades, a través de la emancipación del sujeto» (p. 65). Y siguiendo las indagaciones y conferencias que el propio Foucault llevó a cabo acerca de esta concepción, empieza a dilucidarse esa continuidad entre la veridicción clásica, que evoluciona a partir de la figura sofocleana de Edipo como símbolo de la configuración de un orden discursivo de lo verosímil, pasando por la cotidianización en el *Ion* de Eurípides como trasvase hacia esa esa narrativa propia de Sade en la que impera el uso del *pathos* y, además, el comienzo de la división social entre los ciudadanos que usan la buena parresia de los locos, donde llegamos al punto de inflexión que supone la figura de Casandra en *Las troyanas*. En este complejo recorrido a través de estas tres tragedias, se desprende una evolución entre el carácter performativo del discurso como parresia, llegando a establecer un orden social que avanza históricamente y entra en crisis con el discurso moderno y su literatura: «la literatura heredó de la parresia su capacidad de decirlo todo y resistirse a las formas de racionalización política» (104). De este modo, la capacidad de resistencia de la literatura augura un entramado sociológico y político ante el cual poder resistirse mediante su capacidad parresiástica para situarse en la historia y, a la vez, poniéndose en los márgenes de lo que no se nombra.

Así, llegamos al cuarto bloque, ocupado por el quinto capítulo, donde sale

a nuestro encuentro las consecuencias de todo este entramado teórico en la teoría literaria y política del siglo XXI. Con gran agudeza, la autora retoma las conclusiones obtenidas y nos sitúa ante el juego de luces y sombras que Foucault caracteriza con el desempeño de la crítica a través de una superposición de miradas. Esta propuesta, desde una perspectiva más que justificada desde el materialismo histórico de corte marxista, dialoga con diversas ópticas de actuación de la sociedad en la literatura y viceversa. Con ello, la autora concluye en el último apartado de su trabajo con el hilo conductor de la *militancia cínica* en el que se conjuga esa dimensión social y política de la literatura que Foucault piensa, y que autores contemporáneos experimentan, acerca de las posibilidades de resistencia a la normalización de los comportamientos o formas de vida a través de su capacidad aglutinadora de espacios lingüísticos de expresión y resistencia introduciéndose en el transcurso de la historia como forma de vida.

Muchos lectores se encontrarán con la sorpresa de no hallarse ante un texto académicamente usual, aun cuando cumple con la rigurosidad investigadora a la que nos tiene acostumbrados la profesora Azucena González Blanco, pues en estas páginas se presenta tanto un ordenado proceso de reflexión sobre la política literaria dentro del corpus foucaultiano, como un brillante trabajo de pensamiento filosófico acerca de las posibilidades estéticas y políticas de la literatura.

Sergio CASADO CHAMIZO

Universidad de Salamanca

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5190-1202>